

Una peluquera que debe cortar el pelo en la plaza, un empresario que debe partir de “menos de cero”, una anciana allegada que come empanadas en un living que no puede habitar. Personajes todos de esta sinopsis que ilustra el actual ambiente en el Gran Concepción. Sus temores y anhelos nos gritan que la “normalidad”, por ahora, es sólo una palabra lejana para ellos... la golpeada “generación del terremoto”.

Por Miguel Ortiz A.
Fotos Alfonso Díaz.
Desde Biobío.

Nada más distendido que una conversación en un café con piernas. Galería O'Higgins, pleno centro de Concepción, 11:00 de la mañana del martes.

La que habla, y le revuelve el café a un encorbatado oficinista, es Brigitte. “Acá en el café ‘Cupido’ todas las chiquillas estamos chatas. De lo único que hablan los clientes es del terremoto... ¡Se volvieron monotemáticos! Y uno se la pasa escuchando dramas. ¿No se supone que la gente viene acá a desconectarse? Los hombres parecen zombies, andan como atontados”.

Es el ambiente que se respira en la ciudad. Es el “estado de alerta” interior con el que se vive a diario... una sensación extraña, difícil de explicar, que al parecer en Santiago nadie imagina. El 68% de los penquisistas —según una encuesta realizada por la Universidad del Desarrollo en la zona más afectada por el terremoto— cree que en la capital no se dimensiona la magnitud de la devastación que dejó el megasismo del 27 de febrero.

Y por mucho que los daños materiales y las pérdidas humanas se logren cuantificar, hay grietas y desmoronamientos que no tienen espacio en los planes de reconstrucción: el alma de los penquistas está fisurada.

«La Segunda» recorrió las calles de Concepción para tomarle el

Vinculados

por las fisuras del alma

Relato de un trastocado «día a día» en la vida penquista

pulso a esa otra catástrofe. En lugar de entrevistar a los damnificados, optamos por sentarnos a conversar con ellos, compartir un cigarrillo... y atender a lo que ellos querían decir. Las siguientes son las sensaciones que asoman de entre los escombros de recuerdos, temores escondidos que surgen con cada réplica. Un nuevo estilo de vida, interior y exterior, que los habitantes del Biobío se vieron forzados a adoptar.

ESPERAR ALGO QUE NO VA A SUCEDER

A la señora Juanita Soto la encontramos copuchando con una amiga verdulera, en la peatonal Barros Arana. Hacía hora para no llegar tan temprano a la casa de su hija. No quiere molestarla. Siente que, como allegada, incomoda. A pesar de que su departamento en calle Salas resistió sin mayores proble-



mas el terremoto, debió desalojarlo porque la torre de oficinas aledaña puede venirse abajo en cualquier momento. Las cuatro cuadras a la redonda están deshabitadas.

“Ya voy a cumplir 80 años y no

estoy en condiciones de vivir en una incertidumbre como esta... usted comprenderá. En la municipalidad nos dijeron que debíamos esperar

(Continúa en la página 22)



CRONICA DE HOY

(Viene de la página 21)

hasta que demuelan el edificio. ¿Y por mientras qué?”.

La mujer —haciendo oídos sordos a la prohibición de ingresar al perímetro— acude a diario a su hogar para hacer algo de aseo: “También me da miedo que entren a robar. No tengo nada de valor... pero son mis cositas. Hay días en los que me doy un gustito y llevo una empanada y me siento a almorzar en el comedor. He llorado mucho. A veces pienso que habría sido mejor perderlo todo”.

Como ella, son 20 las ancianas jubiladas que debieron dejar sus viviendas frente a la inclinada torre O'Higgins por el riesgo de un desplome. En total, aseguran en el municipio de Concepción, son siete los edificios que esperan a ser demolidos. Labor que tiene un costo de \$4.200 millones... dinero que no poseen las autoridades locales.

“¿Y por mientras qué?”, insiste doña Juana, aunque retrocede en su reclamo: “Yo por lo menos puedo agradecer que tengo una hija generosa que me acoge, tengo techo. Hay gente que sigue viviendo en carpas”.

LA HIRIENTE “NORMALIDAD” DE LOS DEMAS

Si en lugar de carpa, tuviera al menos una mediagua, **Mónica Molina (49)** bromea con la idea de que su jardín sería el más grande de la ciudad: **hace 40 días que vive junto a sus tres nietos en el Parque Ecuador, en las faldas del cerro Caracol. Ahí instaló una tienda de campaña presta-** da, sobre los retazos de alfombra con los

que evita que se le cuele la humedad del césped. Tiene colgada la ropa que lavó en una palangana plástica. **La tele la enchufó a la corriente de los faroles del sector. Una carpa más pequeña le sirve de almacén.** Hasta la noche del terremoto, Mónica alquilaba una habitación en calle Orompello, en el barrio de los travestis, pero la casera le pidió que se fuera, porque necesitaba recibir a unos parientes damnificados. Ahora que se quedó “de patitas en la calle”, tal como le gusta decir, espera que le llegue la prometida vivienda de emergencia: **“Yo les tengo terror a los temblores. El día de la falsa alerta de tsunami dejé todo botado y subí al cerro corriendo... cuando pasó el susto bajé y me encontré con que me habían robado la mercadería”.**

Y así, sin dinero ni esperanzas,



Casi con 80 años, Juanita Soto está de allegada con su hija: No puede irse a su departamento, porque el edificio aledaño tiene peligro de derrumbe.

pasa los días comiendo lo que mendiga.

“Me da rabia cuando en las noticias dicen que la situación se está normalizando, que la ayuda llega. Entiendo que haya gente que perdió a sus seres queridos, pero cada uno vive su propio dolor... es justo que yo también me sienta miserable”. Lo que más le impacta a Mónica es ver cómo las personas siguen con sus vidas, que las micros metan ruido, que la gente salga a hacer deporte, que en los matinales de la televisión informen sobre el nuevo vocalista del grupo La Noche... “y uno está como detenida en el tiempo, sin futuro, sin salida, sobreviviendo a la indiferencia del resto (...) **¡Si al menos pudiera retomar mi negocio de las zapatillas!**”.

EMPEZAR DE CERO... O DE MENOS

La tienda de calzados “Bata” de Talcahuano decidió cortar por lo sano. Nada de lavar los zapatos enlodados por el maremoto: se optó por botarlos a la calle, y terminaron formando una gran ruma... hay de tacones, deportivos, escolares y chalitas veraniegas. Y los transeúntes, como era de esperar, se detienen ante tal “liquidación”. Escarban, intentan emparejar el modelito que más les acomoda, rastrean pantuflas. Un pescador del puerto que participa de esta “faena”, se nos acerca para dar explicaciones: “En otras circunstancias jamás habría hecho algo así, me habría sentido indigno, como buscando alimentos en un basural (...) Pero el terremoto nos dejó con lo puesto y si puedo conseguir zapatos para mis hijos de esta forma, bienvenida sea”.

El local contiguo a “Bata” es la importadora “C&S”, propiedad de Alejandro Gutiérrez. Vende peluches, colgadores de ropa, collares, maletas y “de un quantuay”. Lo encontramos succionando el barro de

(Continúa en la página 24)



En el Parque Ecuador se instaló Mónica y sus hijos: se “cuelgan” de la luz de los faroles para enchufar la tele y aprovecha el agua de la pileta para lavar la ropa... mientras espera una mediagua.

“ Cuando abrí mi negocio, hace diez años, empecé de cero. Esto es empezar desde menos. Tengo que invertir plata que no tengo para llegar al “desde cero”... y sólo entonces echarle pa’ delante de nuevo ”

(Alejandro Gutiérrez, pequeño empresario)



CRONICA DE HOY

(Viene de la página 22)

la tienda con un generador eléctrico. Calcula que en pérdidas —en un promedio similar al de los otros 80 microempresarios del centro de la ciudad— suma \$20 millones.

—Ahora tiene que empezar de cero...

—¿De cero? No. Cuando abrí mi negocio, hace diez años, empecé de cero. Esto es empezar desde menos. Tengo que invertir plata que no tengo para llegar al “desde cero”... y sólo entonces echarle pa’ delante de nuevo.

Mientras intenta barrer el petróleo seco que quedó pegado en la vereda, Alejandro reflexiona sobre lo que significa para él este cambio de vida. “Si uno lo piensa con frialdad, y perdonando la expresión, hoy, en estas circunstancias, es muy penca ser penquista. Pasamos de creernos el cuento con la anunciada modernización de nuestras ciudades a ser una zona pobre, la cara fea de Chile”.

Si de él dependiera, si por un momento se permitiera soñar, dice que le gustaría vivir en el norte del país y así “seguir siendo chileno... pero de los que ayudan a los damnificados, de los solidarios, de los que siguieron con su vida. Me gustaría estar en el otro lado, en el de los favorecidos por Dios. Yo era uno de ellos hasta el 27 de febrero”.

Este comerciante, sin embargo, seguirá “apechugando a punta de créditos bancarios” para no verse obligado a despedir a los cuatro empleados que posee. Si los echara, dice, se sentiría “malo de corazón”. Por eso, añade, hay que hacer el esfuerzo. “Y no soy el único. Tengo una amiga, la Anita, que es peluquera y que está atendiendo en la plaza... con ella deberían conversar, esa chiquilla es puro ñeque”.

PASAR A VIVIR “PUERTAS ADENTRO”

Ana Venegas era dueña del salón de belleza “Maravillas” en la hoy inutilizada galería Ruiz Tagle.



La tienda “Bata” de Talcahuano botó los zapatos estropeados por el terremoto. La gente en masa “vitrinea” la ruma: lo que se lleven es gratis.



“Maravillas” era el nombre de la peluquería de Ana Venegas. El recinto quedó destruido y se instaló en la Plaza de Armas: \$1.000 el corte, “porque, como no tengo electricidad, no puedo secar el pelo”.

La mujer tiene tres buenas razones para haber salido a cortar el pelo en plena Plaza de Armas: Felipe, Manuel y Daniella... “mis tres hijos a los que tengo que alimentar (...) Me compré un espejo, un peine y una tijera. Saqué una silla del comedor y aquí estoy, funcionando”. Cobra tan sólo \$1.000 por corte

“porque, como no tengo electricidad, no puedo secarles el pelo a mis clientas”.

Poco a poco sus colegas estilistas le fueron copiando la idea y ahora, ya agrupadas, compraron toldos y mandaron a hacer letreros publicitarios. Parece como si las peluqueras de Talcahuano hubiesen atendido así desde siempre.

Tijeras en mano, durante un cambio de look a una coqueta colegiala, Anita cuenta que “mi familia de Santiago me pregunta que cuándo creo yo que volverá la normalidad acá. Les digo que a mí no me va a tocar ver eso... no porque sea vieja, tengo 44 años, sino porque creo que esto es un tema generacional. La gente que vivió este terremoto va a llevar metido el cuco siempre”.

Eso ella lo ve reflejado, por ejemplo, en el cambio de prioridades por el que optó su hermana: “La Gloria es empleada doméstica y trabajaba puertas adentro en la casa de una familia de San Pedro de la Paz. Ahora no se atreve a cruzar el puente ni quiere dejar a sus niños solos, entonces desde el

terremoto se ofrece sólo como nana puertas afuera. Ella dice que sólo es “puertas adentro” para su propia casa”.

LO AGOTADOR DE ESTAR EN ALERTA PERMANENTE

El mismo drama, pero desde el ángulo opuesto, vive ahora Marcela Vásquez. Su nana australiana no soportó la idea de seguir pisando un país sísmico y emigró a su tierra natal apenas pudo. Desde entonces, cuenta esta dueña de casa del acomodado sector Lonco Norte en Chiguayante, le ha sido un calvario conseguir una empleada puertas adentro. “Y es lógico que así sea”, reconoce: “Yo tampoco dejaría a mis hijos en la casa para irme a vivir a otro lado por razones laborales, sabiendo que en cualquier momento puede venir otro terremoto”.

Más aún. Marcela se organizó con los apoderados del colegio para que, en caso de una nueva emergencia, los niños pudieran pasar la noche en su casa, que queda a pocas cuadras del establecimiento. “Todo está trastocado. Es agotador vivir en un estado de alerta constante”, se resigna. Por las noches se preocupa de que las figuras de porcelana y el ánfora que decoran el living queden sobre el sillón... y si salen de paseo prefieren dejar los televisores en el suelo.

Es el mall —reabierto hace pocos días— la única válvula de escape a los problemas: “Cuando uno entra, como que se desconecta del mundo exterior. Sirve para sentir que nada malo ha pasado, que todo sigue igual. Es como una terapia contra la depresión, un refugio, un escondite de la realidad”.

Además de la restricción vehicular de 4 dígitos a la que están sometidos —en un intento de las autoridades por aminorar los infernales tacos producidos por los cortes viales que dejó el sismo— Marcela lamenta que “el centro de la ciudad haya perdido su encanto (...) Da pena pasear por ahí, ver los edificios en el suelo, tomarse un café en una terracita, pero junto a un montón de escombros. Ya no es lo mismo”.

La plaza de Concepción, de hecho, está convertida en una suerte de feria: los locales comerciales sacaron sus mostradores a la acera y en las mismas huinchas plásticas que impiden el acceso a los edificios clausurados los suplementeros cuelgan sus periódicos y revistas.

A pocos metros de ahí en el café “Cupido”, continúa la conversación.

—Y qué sucede si viene otro remezón fuerte?, inquiere un cliente a Brigitte, al otro lado de la barra.

La chica de labios carnosos se ajusta el corsé y responde sensata: “Es que no podemos vivir así, pensando en lo que puede pasar. Nos volveríamos todos locos”.



Muchas tiendas montaron sus escaparates en las calles, pues los recintos propios son un riesgo para ellos y sus clientes.